

LAS TENTACIONES DEL MALIGNO

***Reflexión dominical de monseñor Rubén Oscar Frassia,
obispo de Avellaneda-Lanús para el programa radial
"Compartiendo el Evangelio"
5 de marzo de 2006, 1º domingo de Cuaresma***

Evangelio de San Marcos 1, 12-15

Queridos hermanos, el viernes 3 de marzo, fue el 5º aniversario del inicio de mi ministerio pastoral en la diócesis de Avellaneda Lanús. Les pido una oración por este Obispo y por toda la diócesis.

Evangelio de hoy: Las tentaciones del maligno

El Evangelio de San Marcos es muy escueto, muy simple y muy sintético. En primer lugar nos inicia, nos planta, en este tiempo de Cuaresma. Cómo Jesús es llevado al desierto y cómo en el desierto, Jesús permite al maligno, al demonio, que lo tente. En este texto son cuarenta días, en los que Jesús vivía entre las fieras, en equilibrio, en armonía, y los ángeles lo servían.

Lo que uno tiene que pensar aquí, es que no es la parte divina lo que permite ser tentado sino lo parte humana: y en la parte humana Cristo, el Mesías, permite al malo tentarlo.

Y ¿qué es tentarlo?

Tentarlo es apartarlo.

Tentarlo es crearle una inquietud que lo aleje, para que no cumpla su misión.

¿A qué viene Cristo?

Cristo viene a hacer la voluntad del Padre, viene a salvarnos. Por eso es el inicio y la definición concreta de la salvación. Cristo, obediente al Padre, va a dar la vida por nosotros y derrota al maligno. Esto es muy importante.

El Santo Padre, Benedicto XVI, en estos días ha sacado una Carta Pastoral de Cuaresma y repite una frase muy importante: "Dios no permite que predomine la oscuridad del horror". Como decía el Papa Juan Pablo II: "hay un límite impuesto al mal por el bien divino y es la misericordia".

¡Qué cosa extraordinaria!, porque ante un mundo donde vemos que la gente se destruye, que no es solidaria, que vive egoístamente, donde a veces uno tiene la sensación de que el mal triunfa, o de que el mal vence, siempre hay un límite a este mal porque encima está el bien.

En su mensaje de Cuaresma, el Papa dice que la Iglesia y nosotros tenemos que tener la mirada de Cristo. Y Cristo mira al hombre con amor; Cristo mira Dios, siendo Dios, con amor y hace la voluntad de Dios.

¡Es importante que volvamos a tener esa mirada, a recuperarla, a rescatarla! ¡La hemos hecho trizas!

¡Nuestra mirada está triste!

¡Nuestra mirada está como rota!

¡No tenemos alegría, no tenemos sonrisas!

¡No tenemos gratitud!

¡No tenemos espontaneidad con los demás!

¡Vivimos cuidándonos porque tenemos miedo que los demás nos invadan!

Tenemos que volver a retomar y tener la mirada de Cristo.

Y Cristo mira y ama.

En esta Cuaresma tenemos que retomar el buen camino. Tenemos que volver a Dios. Tenemos que entregarnos a Dios. Es fundamental y muy necesario que no sólo renunciemos al pecado, sino que, sobre todo, tenemos que dar una nueva orientación a nuestra vida. Un verdadero compromiso. Una ruptura con la comodidad. Salir de las pocas convicciones profundas que no tenemos; es decir debemos tener convicciones profundas saliendo de la esclavitud de los ídolos de este tiempo.

El tiempo de conversión es un tiempo de volver a Dios, de salirnos del pecado y de orientar de nuevo nuestra vida en el verdadero camino que es Cristo. ¡Conviértanse y crean en la Buena Noticia, porque el tiempo se ha cumplido, y el Reino de Dios ya está presente!

Cristo define, y como define, vence el mal y el pecado.

En este tiempo de gracia que es la Cuaresma, tenemos que hacer un camino, un itinerario, para volver a orientarnos. Preguntémonos como católicos, como cristianos, si vivimos de acuerdo a las convicciones, ¿cuáles son nuestras actitudes? Si nos dejamos impregnar y contagiar por el espíritu mundano. Si no tenemos diferencias con los demás. Si hemos perdido la luz del mundo o la sal de la tierra; el gusto por vivir; el gusto por ser cristiano. O si nuestro catolicismo, nuestro cristianismo, es epidérmico y sólo se expresa en actitudes farisaicas externas, que es para que los demás vean pero que, en el fondo, no tenemos una convicción profunda.

Cuaresma es tiempo de gracia. Volvamos al Señor y recordemos que tenemos que convertirnos y creer en la Buena Noticia.

Que Dios los bendiga.

Mons. Rubén Oscar Frassia, obispo de Avellaneda-Lanús